

EL FEMINISMO TRIUNFANTE¹

I

La gran transformación originada por la guerra no ha surgido en el campo amplísimo de la actividad masculina. Siguiendo el curso laberíntico de las relaciones entre sí de las naciones integrantes de Europa, y las del Universo con éstas en contacto, echamos de ver que el *hombre*, los hombres, en la política, en la ciencia, en las sendas encizañadas de la del mando, son como fueron desde Adán: buenos, mediocres, geniales e imbéciles. En la catástrofe de cada época histórica, como en las de apogeo y adelanto, hallamos *un hombre* representativo de las cualidades favorables o pésimas de su sexo. Emperador, legislador, sacerdote o plebeyo, que han dejado laureada o tristemente inolvidable su personalidad. La hegemonía masculina en la constitución y sostenimiento de las naciones, abunda en razones que la justifican. La capacidad característica del varón es acometedora, audaz y ecuánime; su entendimiento, más liso, más sencillo que el de la mujer; mejor preceptor de las etiologías naturales y de sus consecuencias, y sagaz observador de los fenómenos cuya serie multiforme abre y cierra la vida. El hombre es energía y expansión; la mujer es la fuerza latente del sentimiento. En las manos de él, álzanse las tablas sacras de la ley; en las de ella, apóyase al andar el niño.

Defensor nato el hombre de la Patria, por la que sufre y muere en las batallas, este deber le confiere el derecho del predominio ejecutivo social. Sólo en determinadas circunstancias puede ser discutible ese predominio. En general, lo indispensable y factible para bien de los pueblos es la colaboración femenina en el funcionamiento del Estado y la coparticipación en la responsabilidad nacional.

Escandinavia, Finlandia, Polonia, Alemania y los países nacidos de la desmembración imperial de Europa han aceptado la cooperación femenina en la gobernación y administración pública como integración de obligaciones ciudadanas.

De las ruinas candentes de la guerra, del desconcierto que persiste en el actual periodo mal denominado de paz, ha surgido una fuerza motriz incalculable en sus efectos: es la mujer, políticamente nivelada al hombre en las sociedades nuevas.

Las sufragistas han vencido. ¿Quién no las recuerda obligando a *manotear* a los *policemen* londinenses, ellos, que sólo con ademán automático de la diestra o siniestra

¹ABC, 13 de abril de 1921, p.3

dirigen el movimiento enorme en las calles o llenando las prisiones? Se castigó, se ridiculizó a las sufragistas, y en la guerra aprovechó Inglaterra su ardor, su impetuosidad en la fabricación de proyectiles y en servicios urbanos o militares.

Han triunfado las sufragistas, que tienen la satisfacción de colaborar con los hombres en la labor común de la cual no puede excluirse la mujer, siendo asimismo común a los dos sexos la Patria.

Estas ligeras apreciaciones del feminismo “actuante” y otras de mayor contundencia son rechazadas por el antifeminismo legendario, y hasta Francia, republicana y antivaticanista, las rechazó, negando su Senado los derechos políticos a la mujer.

Es que por trascendental y abstruso, el problema da margen a querellas de los teorizantes y activistas. Mientras los conservadores amojamados gritan “fuera las intrusas del orden ultra establecido”, y los radicales no se contentan con menos que con dar fusiles a manos femeninas, imponiendo, en nombre de la igualdad ilusoria, el servicio militar obligatorio a las muchachas, ha ocurrido la entronización de la mujer en los negocios y las funciones públicas de Estados nacientes o progresivos. Vamos a observar cómo cumplen su cometido y a oír sus opiniones, en cuanto a la factibilidad de cuidar el hogar y a los hijos desde el puesto, demos por caso, de alcalde o ministro.

Sofía CASANOVA